



RESEÑAS DE LO PUBLICADO

CANTOS WRIGHTIANOS

Antonio Fernández-Alba

La obra del arquitecto americano Frank Lloyd Wright (1867-1959) resulta difícil acotar desde los esquemas de un perfil biográfico en sus vértices técnicos, históricos o de exégesis, sin precisar que su pensamiento creativo recoge la síntesis espacial más elocuente de todo el siglo xx. Los elementos arquitectónicos que incorpora, continuidad espacial, armonía con el medio, expresión constructiva, las técnicas y los materiales innovadores que recoge en muchos de los proyectos, el discurrir del diseño por todos los aspectos que constituyen la definición de espacio, son manifestaciones elocuentes de este arquitecto solitario cuyas obras se prolongaron durante setenta años, haciendo patente la ruptura con los métodos convencionales de construir y configurar el espacio de la arquitectura para el hombre moderno tratando de conseguir un método alternativo en el arte de proyectar la arquitectura. Personalidad dotada de una fuerza de convicción que era depositaria de un sistema nuevo de valores, «la verdad contra el mundo» y lo manifiesta en esta biografía que

comento a través de seiscientos sesenta y siete páginas por la que discurre la narrativa del singular arquitecto americano, con énfasis elegiaco en ocasiones, que va depositando en sus libros; *familia, hermandad, trabajo, libertad, forma* y *Broadacre City*; las secuencias de los diversos acontecimientos de su vida.

97

Wright nace en 1867 en Richland Center, estado de Wisconsin; realiza sus primeros estudios en la escuela de Ingeniería de la Universidad de Madison, abandonando sus estudios por lo efímero y mediocre de la enseñanza de estos centros; en 1889, vuelve a Chicago, donde comienza sus trabajos profesionales en el estudio del arquitecto Silsbee; más tarde, se traslada al estudio Adler y Sullivan, donde conoce los trabajos de este profeta de la arquitectura moderna, el creador de la Escuela de Chicago, que descubre en Wright una abierta inteligencia; realiza algunos trabajos en colaboración con Sullivan, para pronto abandonar su estudio. En aquel ambiente —Chicago 1890— se había iniciado el movi-

miento funcionalista, con Adler, Burnhman y Root, y aparecen los primeros trabajos de Wright con una clara inspiración en los proyectos de Richardson.

Será a partir de 1910 cuando la obra de Wright tome una fisionomía independiente, iniciando un lenguaje de gran fuerza expresiva. Es la época de la construcción de los «Prairie Houses», proyectos que iniciarían una nueva orientación en la forma de concebir la vivienda. Sus comienzos no son del todo fáciles, a ello se unirían los problemas familiares que, sólo una fuerte personalidad, como la que Wright nos describe en su itinerario biográfico, podría superar.

Una visita a los Estados Unidos de los arquitectos Robert Albee, cabeza del movimiento inglés «Gottage Style», y Petrus Berlage, da lugar a que éstos conozcan la obra de Wright y en 1910, el editor Washmuth prepara una edición monumental de sus obras junto a una exposición de sus proyectos en Berlín.

La vida familiar para Wright se mezcla íntimamente en su actividad creadora; es la época en que construye Taliesin: «Taliesin era el nombre de un poeta galés, un bardo druida que cantó en galés las glorias del arte bello». Aparece en esta construcción su poética orgánica, un ensamble arquitectónico con la vida rural, una casa de piedra y madera «intensamente humana», sencilla, describe esa sencillez propia de la conquista sobre las cosas que no son nunca naturalmente simples.

Wright narra con alternada melancolía los entornos de su lugar de trabajo Taliesin-West, donde busca la libertad de la creación espacial

sin credo formal alguno preocupado más por ser inventor en el interior del hombre.

«Imagine sólo lo que sería estar en la cima del mundo, morando el universo, al amanecer o al atardecer con el cielo despejado y la luz del sol encima» (pág. 519). «El aroma de Taliesin está compuesto por el acre olor de los robles ardiendo, sobrepuesto y suavizado con el olor de los grandes montones de flor de antimonio, recogida, en los campos de otoño» (pág. 594).

Habría de pasar poco tiempo, y esta casa, profundamente poética, será pasto de las llamas, víctima de la locura de uno de sus empleados. Durante algún tiempo, permanece aislado del trabajo profesional; pronto reconstruye su estudio y comienza una etapa de construcciones en el Japón. De 1916 a 1922, son años de intenso trabajo en el Gran Hotel de Tokio, obra que ha caracterizado uno de los edificios más singulares de su etapa expresionista.

Frank Lloyd Wright celebra con gran afán crítico su escepticismo por el arte europeo, rechaza la ignorancia que aún destilan sus academias en la enseñanza de la arquitectura y se enfrenta contra la megalomanía de los estilos de París. Pronto se integrará en las corrientes artísticas que levantan los cimientos de una gran nación democrática; para Wright, Whitman es el poeta, artista excepcional que magnificando su propio mundo creativo, celebra en sí mismo a toda América, es la sensibilidad que encarna el poeta en la que Wright deposita toda forma de vida colectiva.

La personalidad creadora de Frank Lloyd Wright se presenta como un todo coherente, dispuesta a abordar las historias del acontecer

en el espacio y de una manera prioritaria, la búsqueda de la «continuidad espacial» y la integración «arquitectura-naturaleza», casi con una relación panteísta, introduciendo al hombre en sus raíces terrenas para enfrentarle allí con su destino.

Naturaleza y artificio se presenta en sus proyectos como una tautología del quehacer arquitectónico, el edificio para Wright ha de tener un sentido básico de equilibrio con las fuerzas de la naturaleza, la observación de la misma le permite acumular la experiencia y proyectarla en actividad creadora. Abierto a todas las instancias del conocer, el arquitecto se encuentra con capacidad para observar, examinar y reconstruir en los dilatados acantilados de la memoria, la secuencia de sus parajes interiores, lo cual lleva al desarrollo de la experiencia directa, y a la búsqueda de los orígenes de las cosas. En el origen las imágenes simbólicas de la naturaleza aparecen más fecundas y prodigiosas así desea Wright la nueva América que surgió como nación. América, para los pioneros americanos, es paisaje y espacio, naturaleza y artefacto, como modo reiterativo lo recogen estos testimonios biográficos; por el contrario, Europa es un continente formalmente tallado para la vida urbana.

Estos «cantos wrightianos» nos describen un relato minucioso, obsesivo en algunos circunloquios narrativos, metafórico a veces; responden a la necesidad de descubrir esa relación emocional y racional que existe entre hombre y arquitectura.

El concepto de su arquitectura estuvo ligado desde sus primeros trabajos a la ideología de los «pioneros» en la construcción de la nación norteamericana, y a dos presupuestos básicos: encuentro armónico con la naturaleza (Casa de la Cascada) y búsqueda de los potenciales expresivos del espacio que alberga la democracia (Broadacre City).

Heredero del mito romántico del arquitecto, como creador único y original, Wright supo eliminar, por la calidad de su poética personal, las trivialidades a que semejante herencia obliga. La emoción que de sus espacios y lugares emana estuvo a veces fracturada por secuencias biográficas de las mil arrogancias (El Manantial).

Su fascinación hoy para muchos tal vez tenga el olor de la reliquia. Su maestría de artífice de la espacialidad del siglo XX no admite epígonos, con gran dolor de aquellos que aspiran a ocupar los pedestales vacíos en el templo de la fama.

Frank Lloyd Wright ordenó el espacio por sensaciones y deducciones lógicas, con un sentido innato del arte de construir ese artificio tan primario denominado Arquitectura.

Al releer estas páginas en la recomendable y cuidada edición que comento, acude a mi memoria aquella estrofa del poeta americano Trumbull Stickney (1874-1904) y me doy cuenta, que ya «es Otoño en el campo de mis recuerdos».

■ *Frank Lloyd Wright, autobiografía (1867-1944)*. Biblioteca de Arquitectura, El Croquis Editorial, traducción y notas sobre Avendaño, Madrid, 1998. ■